

Daniel Lvovich (2018). Actitudes sociales bajo la última dictadura militar: un análisis crítico de la producción historiográfica. En: Águila, Gabriela et. al. *La historia reciente en la Argentina. Balances de una historiografía pionera en América Latina*. Buenos Aires: Imago Mundi.

(...)

La opinión pública

Podemos comenzar nuestro recorrido preguntándonos que es lo que conocemos acerca de las opiniones de la población en los años dictatoriales, teniendo en cuenta la progresiva puesta en consulta de un conjunto muy relevante y creciente de fuentes estatales, antes prácticamente inaccesibles, que han permitido que contemos hoy con explicaciones más estructuradas e informadas acerca de distintos aspectos de la vida política y social en los años del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. Si estos trabajos han mostrado que el carácter fuertemente represivo del régimen no implicó que este no buscara además concitar la adhesión de la población, casi no han sido estudiados los modos en que las distintas agencias represivas del régimen auscultaban los estados de ánimo colectivos y las opiniones políticas de distintos sectores de la población a lo largo de los años de la dictadura.

(...)

El estudio de la opinión de la «gente corriente» en otros contextos nacionales se posibilitó por el acceso de los investigadores a los archivos policiales, militares y de los organismos de espionaje e inteligencia (...) Sin embargo, tal posibilidad permaneció vedada en Argentina al menos hasta el momento en que se abrió el acceso a archivos similares.

(...).

Si existe un consenso amplio en considerar que el golpe militar fue recibido con alivio por un grueso de la población que, por contraste, consideraba que ningún gobierno podía ser peor que el de Isabel Perón, ningún elemento sistemático permite fundar más que de un modo impresionista esa afirmación. Contamos, en cambio y afortunadamente, con incipientes trabajos que se basan en fragmentos de estudios de opinión pública desarrollados por agencias estatales, que comienzan a emerger de modos casi accidentales en los últimos años. Uno de ellos es el estudio sobre la encuesta desarrollada a fines de 1976 en la provincia de Tucumán, que –pese a las dificultades para su abordaje, pues el material al que se logró acceder resulta incompleto– muestra altos niveles de aceptación del régimen militar, y a la vez mayores porcentajes de adhesión cuanto más alto se ubicaban los entrevistados en la escala social

(...)

El segundo es el análisis de las encuestas de opinión desplegadas en 1981 durante la presidencia *de facto* del general Viola realizado por Risler y Schenquer (2017). Se trata de materiales producidos por tres agencias estatales: la Secretaría de Información Pública dependiente de la Junta Militar, el Ministerio del Interior y la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) que, en la hipótesis de las autoras, sirvieron para medir el clima social con el propósito de utilizar esa información para el diseño de campañas de propaganda y de comunicación mediante las cuales se buscó modelar o conducir a la población siguiendo estrategias de acción psicológica. Los informes sobre la situación psicosocial elaborados sobre la base de esas encuestas y sondeos mostraban que, pese a existir una oposición al régimen cercana al 58 %, el apoyo personal a la gestión presidencial de Viola era más favorable que adversa. Dado que el Estado intentó influir y moldear las orientaciones de la población, resultan sumamente relevantes los recientes

aportes sobre las estrategias y prácticas de acción psicológica que se desplegaron sobre la población a lo largo de la existencia del régimen (...).

Otro indicador que permite aproximarse a las opiniones políticas de sectores amplios de la población es su comportamiento electoral posterior a 1983 (...) la profunda crisis socioeconómica de Tucumán, la desocupación y la erosión de los roles familiares tradicionales eran asociados por una buena parte de la población con un régimen democrático al que asimilaban con el desorden y corrupción. Por el contrario, una porción de la población tucumana entendía que bajo el régimen militar se vivía mejor debido a que existía «orden», «respeto» y «familia». De tal modo, la aplicación del terror durante el «Operativo Independencia» (desde febrero de 1975) y su continuación durante la dictadura, lograron moldear la subjetividad de un sector de la población que identificaba a la democracia como causa de los males sociales y reclamaba un Estado autoritario –del cual la dictadura militar instaurada en 1976 es el modelo– que impusiera el orden a través de una «mano dura».

(...) la combinación entre represión y «acción cívica» y el fuerte apoyo político y económico de la dictadura a la gestión provincial de Bussi explican la valoración positiva que obtuvo su gobierno. Una memoria social de tal índole posibilitó su reingreso a la política provincial en un período de aguda crisis, en el que este obtendría éxitos electorales como exponente de una tradición autoritaria, conservadora y clerical.

Sin dudas, este tipo de percepción trascendía en mucho al caso tucumano y parece hasta hoy resultar convincente para amplios sectores sociales.

(...)

Delaciones

La consideración de los modos en que funcionaron los mecanismos de la delación en sociedades gobernadas por dictaduras resulta asimismo una llave fundamental para la comprensión de las actitudes sociales de la población y de los vínculos entre los Estados y las sociedades.

(...) Guillermo O'Donnell (...) sostuvo que el control dictatorial sobre la población solo se pudo desarrollar por la existencia de una sociedad que se patrulló a sí misma, refiriéndose a un grupo amplio de personas que voluntariamente «se ocuparon activa y celosamente de ejercer su propio *pathos* autoritario. Fueron *kapos* a los que, asumiendo los valores de su (negado) agresor, muchas veces los vemos yendo más allá de lo que el régimen les demandaba», ejerciendo la vigilancia sobre el vecino y la autocensura (...)

[Hugo Vezzetti] planteó que «... el papel y la responsabilidad de la “gente corriente” no pueden ser eludidos en un examen de las relaciones entre dictadura y sociedad (...). Se trata de considerar y a la vez juzgar el papel cumplido, en muchos casos voluntariamente, por los niveles más bajos de perpetradores y colaboradores, algunos forzados por la pertenencia a las instituciones involucradas en la represión, otros más libremente dispuestos a brindar su apoyo mediante la delación o la proclamada adhesión y la difusión del discurso del régimen (...) todos ellos formaron parte necesariamente de las condiciones que hicieron posible el despliegue del terrorismo dictatorial» (...)

En diversos trabajos sobre el «Operativo Independencia» (...) que implicó la puesta en marcha de un vasto plan represivo que excedió en mucho ese objetivo, se han analizado los mecanismos de incitación a la delación a la población rural de esa provincia. Tal incitación en ocasiones era rechazada, pero en otras aceptada por diversos motivos: terror, identificación con el perpetrador, afán de poder, modo de venganza hacia el denunciado u obtención de algún rédito personal.

También ha sido considerado el modo en que distintas agencias estatales convocaron de diversos modos a la población a denunciar a los que fueran considerados sospechosos. En ocasiones las fuerzas armadas publicaron directamente en los diarios avisos solicitando la colaboración de la población, brindando información en la «guerra contra la subversión (...) Otros trabajos referidos en particular al ámbito de la educación, dieron cuenta de la publicación y difusión de documentos oficiales considerados por los especialistas como verdaderos manuales de delación. La respuesta social a estas incitaciones es imposible de medir de manera completa y ajustada a las modalidades de la configuración social argentina, pero las mismas investigaciones han relevado diversos episodios de denuncias contra docentes a los que se acusaba por subversivos o por emplear bibliografía prohibida por el régimen, formulados por compañeros de trabajo y fundamentalmente por padres, y dirigidos a autoridades educativas (...) los motivos de las delaciones fueron múltiples, en una gama que va desde la identificación ideológica con el régimen al uso instrumental de las mismas, con la esperanza de que los denunciados resultaran punidos. Naturalmente estos elementos pueden mezclarse en las denuncias, así como la presencia del terror se articula con la aceptación o hasta la complicidad, llevando a denunciar para no ser confundidos con los denunciados, o a denunciar para proteger a los propios de las malas influencias o de las sospechas. Se postula por lo tanto la existencia de un *continuum* entre el miedo y el tipo de actitudes fomentadas por el régimen dictatorial, dejando de considerar el terror como un elemento que induce solo al silencio y la pasividad, para pensarlo en su faz de productor de subjetividades obediente y potencialmente punitivas (...) hasta en estos casos [que] resulta más productivo pensar en términos muy matizados más que en clasificaciones de tipo binario, no quedan dudas acerca de la eficacia y la diseminación social del discurso «antisubversivo», usado hasta el hartazgo por los voceros del régimen.

5.3 Trabajadores

Los primeros trabajos sobre las actitudes de los trabajadores durante la dictadura militar presentaron un cuadro de casi total inmovilismo como resultado de la represión, la caída salarial y el dialoguismo de la conducción sindical con el régimen. Sin embargo, estas hipótesis no se tornarían dominantes, y fueron contrastadas desde el momento mismo de su enunciación por perspectivas que destacaban una apreciable resistencia obrera y sindical teniendo en cuenta la situación de represión masiva en que se desarrollaron esas acciones (...).

Las miradas politológicas han destacado que mientras las direcciones gremiales buscaron defender las estructuras sindicales, y dialogar con las fuerza armadas, las bases obreras desarrollaron esporádicamente formas de resistencia, ya que «la inmensa mayoría de los conflictos sociales entre 1976 y 1982 se registran a través de la empresa y de la acción sindical de base, siendo a veces el producto de la protesta espontánea de esa base» (...) y contribuyó a generar el ala confrontacionista que desde 1979 desarrolló formas de lucha organizadas local y nacionalmente. (...)

Ante las dificultades para emplear los tradicionales métodos huelguísticos, aparecen en el período nuevas formas de lucha, como el sabotaje, o el trabajo «a reglamento» o «a tristeza». Aunque las conclusiones sobre los sentidos y alcances de estas formas de lucha no son unánimes, estos trabajos tienen en común una mirada que se dirige en particular a la búsqueda de resistencias, aunque no de otros aspectos de la existencia de los trabajadores, concentrándose en particular en el caso de los obreros industriales.

Con el cambio de siglo (...) los trabajos –sin abandonar la pregunta por la resistencia–comenzaron a fijar su atención sobre las dimensiones de la cotidianeidad, la indiferencia

y otros aspectos no vinculados directamente a los interrogantes sobre la política en sentido estricto. De este modo se incorpora la dialéctica de la negociación y la resistencia en el análisis, y se logra reintegrar la acción de la dirigencia sindical de nivel local como mediadores y representantes activos de los trabajadores, eludiendo las visiones dicotómicas entre resistentes y cómplices, e introduciendo significativos matices en la consideración de sus prácticas (...) a partir de la compleja relación entre consentimiento y conflicto, resultado de la adaptación a las específicas condiciones de trabajo desarrolladas en aquel período de la *obediencia condicionada* de los trabajadores.

(...) las muy distintas percepciones sobre el pasado dictatorial de trabajadores industriales con pasados militantes en la izquierda y de aquellos que «no estaban metidos en nada», destacándose que para estos, el establecimiento de la dictadura no significó un corte significativo, con lo que la violencia estatal y los procesos de disciplinamiento pudieron no haber significado cambios sustanciales en ciertas dimensiones de su experiencia cotidiana, más visibles y tangibles, en los lugares de trabajo y de residencia. Algunos de estos ex obreros explicaron su postura de *no estar metidos en nada* a partir de valores propios de la cultura del trabajo como el esfuerzo, la dedicación en las actividades laborales diarias, o ganar el sustento familiar con el dinero resultado de la labor cotidiana, mientras mostraron como opuestos a los valores de la cultura del trabajo el activismo político y/o gremial. Esta modalidad de economía moral de este grupo de trabajadores resulta una explicación convincente, que se aleja de interpretaciones centradas puramente en la esfera de las afinidades y enfrentamientos exclusivamente políticos.

Vida cotidiana

(...) Probablemente el primer trabajo que abordó esta temática haya sido el que Juan Corradi dedicó al análisis del terror como modo clave para la comprensión de la dictadura argentina. Proveniente desde arriba como producto del propósito de los grupos dominantes de dar prioridad al restablecimiento del monopolio de la coerción, los grupos subordinados, y en particular los sectores medios también manifestaron «una demanda primitiva de orden y una disposición generalizada a suscribir un pacto hobessiano» (...).

...para los actores, hay una cisura temporal entre el gobierno de Isabel Perón caracterizado como un momento de caos y la violencia; y el régimen dictatorial visualizado –al menos en el momento de su implantación– como un período de orden y relativa tranquilidad. El régimen de terror, según Corradi, no solo resultó productor de unos sujetos políticos que obedecían «absoluta pero voluntariamente», sino que logró a una escala microsocia que todos tendieran «... a tomar conciencia de la importancia de la seguridad, y metabolizaban en el microcosmos del vecindario, del trabajo o en la intimidad de la vida familiar, la embestida brutal proveniente de arriba»

(...) la vida cotidiana durante la dictadura militar fue leída a la luz de un terror casi omnipresente, que alteró las rutinas y normalidades de la reproducción social y afectó a la casi totalidad de la población de uno u otro modo. De tal modo, si la actitud social predominante resulta un refugio en la privacidad y en el silencio, esto es entendido menos como el resultado de la adhesión que del terror.

Muy poco tiempo después, O'Donnell intentó discutir algunos aspectos de la vida cotidiana en Argentina entre 1976 y 1980 (...) En su óptica, desde el aparato de Estado se despojó a la población de los atributos de la soberanía, y en los contextos de la cotidianeidad se buscó llevar adelante un proceso de sometimiento e infantilización, contracara del reforzamiento de la autoridad de los que tenían «derecho a mandar» en la

escuela, el trabajo, la familia o el espacio público. En las esferas micro y macro se buscó la aceptación de la idea de que el mando más despótico estaba hecho para el bien de los que obedecían. El gobierno, sostiene el autor, tuvo considerable éxito en esta empresa, no solo por el sometimiento que obtuvo el régimen, sino por el despliegue de las fuerzas autoritarias en la sociedad.

De las multitudes a los individuos: la calle, las asociaciones, la burocracia estatal

(...) el análisis arendtiano del totalitarismo, en el que resulta central el aislamiento de los individuos frente al Estado, resulta fértil para comprender las distintas «convocatorias nacionales» con las que el régimen dictatorial buscó conseguir la adhesión de la población en función de apelaciones bélicas o de los éxitos deportivos de las selecciones nacionales de fútbol.

(...)

Si en ocasiones el apoyo o adhesión al régimen surgió de un entusiasmo militante con sus políticas, postura que se generó en redes de sociabilidad política previamente existentes, en otras se debe buscar la explicación en dimensiones no expresamente políticas e ideológicas. Así, para el caso de las burocracias provinciales y municipales se ha constatado que buena parte de los cargos directivos fueron ocupados por personas que sin adscribir al régimen, encontraron en el contexto dictatorial una oportunidad de ascenso laboral. En tal sentido, las regularidades de la vida burocrática, y las pequeñas ambiciones personales incidieron sobre la decisión de asumir cargos públicos en un contexto de dictadura, posibilitando así el funcionamiento efectivo de las instituciones estatales de distinta importancia y nivel.

(...)

A manera de cierre

(..) En este trabajo, destacamos en particular el aporte de los estudios de casos sobre asociaciones o sobre los niveles inferiores de las burocracias, desarrolladas en escalas de análisis locales o regionales, ya que permiten perspectivas capaces de dar cuenta de la multiplicidad de las actitudes sociales, su variabilidad temporal y sus matices. Consideramos que su multiplicación es necesaria para la consolidación de este campo de indagaciones, en la medida en que los enfoques monográficos enfoquen las actitudes sociales de diversos grupos (sociales, etarios, de género) a lo largo de distintas regiones del país. Para ello, a su vez, es fundamental conocer con detalle los distintos modos en que el Estado intentó influir sobre las creencias y las conductas de la población.

En este marco, las preguntas sobre las creencias, las prácticas, las estructuras del sentir, los esquemas de percepción y clasificación, las economías morales y las orientaciones políticas de diversos sectores de la población pueden resultar orientaciones firmes para un modo de indagación atento a los matices y variaciones.(...)